

# La Bestia

David O. Torres



Image not found.

# Capítulo 1

## LA BESTIA.

-  
-

---

1

La ciudad parecía tranquila cuando el detective Alfredo Martínez se dirigía hacia la escena del crimen. Pocos automóviles circulaban por las calles y las aceras se encontraban prácticamente desiertas. Daba la sensación de que el ambiente pertenecía a un pequeño pueblo a las afueras de la ciudad y no la gran urbe en la que se encontraba. En la radio, Jim Morrison cantaba aquella melancólica canción que hablaba sobre algún inminente final, y Martínez no pudo evitar reír al pensar en lo irónico de la situación. Su esposa se encontraba a pocos días de pedir el divorcio, él lo sabía. Después de la muerte de su madre, ella había caído en un profundo agujero llamado Marihuana. Él no sabía de donde la conseguía, pero sí con que: Los ahorros de toda la vida. Ella no paraba de negarlo. Decía que su médico se la había recetado.- ¿En verdad piensas que me tragare esa historia? – dijo el cuándo decidió enfrentarla.- Di lo que quieras, querido. Nunca me has tenido la confianza suficiente.

Y ahí va de nuevo, pensó Martínez, con su recurrente escudo de la falta de confianza. Él sabía que si seguían así en poco tiempo dirían adiós a su matrimonio de 6 años. Ya que se encontraba también la frecuente presión que le ejercía su nuevo empleo como investigador en el departamento de víctimas especiales. Era un trabajo que él siempre había deseado, pero que no creía fuera tan agotador y demandante. El estrés, sumado con la actitud de su mujer, iban poco a poco acabando con él.

- ¡Avanza, cabron!

Sus pensamientos no le habían permitido darse cuenta que el semáforo ya se encontraba en verde. Acelero y dio vuelta en la primera calle. Y ahí estaba, otra escena del crimen más. Con esos listones amarillos conocidos mundialmente como el símbolo de que algo malo había ocurrido. Estaban colocados alrededor de la entrada de un edificio de departamentos viejos. Dos patrullas se encontraban aparcadas frente al edificio y por lo menos cinco policías apartaban a aquellos curiosos que pasaban y no se querían ir sin por lo menos un vistazo de lo ocurrido.

Martínez detuvo su auto delante de una patrulla y se quedó observando el lugar un momento. Pensó en que desgracia había ocurrido ahora. Tal vez un robo, quizá un homicidio, y con mayor suerte solamente un acto de vandalismo. Bajo del auto y cruzo la calle para dirigirse a uno de los oficiales que se encontraban ahí.

- Martínez – dijo al mismo tiempo que le mostraba su identificación de detective.

- Segundo piso, primer apartamento – Respondió el oficial sin siquiera

darle un vistazo. Cruzo la cinta y entro al edificio.

El interior era bastante parecido a aquellos lugares donde uno puede encontrar fácilmente colillas de cigarro, latas de cerveza y alguno que otro condón usado. El sueño americano, pensó y soltó una pequeña risa. Subió las gastadas escaleras y cuando llegó al segundo piso la sonrisa desapareció. En el suelo, frente a la puerta abierta del departamento, se encontraba el cuerpo de una mujer de baja estatura. La edad no la pudo calcular bien, ya que el poco rostro que aún le quedaba estaba repleto de sangre. Tal vez treinta años, se dijo al observar el vestido floreado que portaba. Tras ella, el suelo se encontraba totalmente manchado de rojo, del cuerpo a la entrada del departamento, como si fuera un gran tapete de bienvenida. "Pase usted y degústese la vista."

- ¡Detective Martínez! – llamo un hombrecillo de aspecto cómico que se encontraba fumando un cigarrillo, recargado en la pared y con una libreta guardada en la chaqueta. Martínez siempre se había referido a aquel hombre como el Inspector Gommy. En parte por su nombre, Tomas González, pero mayormente por su aspecto diminuto. En los 7 meses que llevaba de conocerlo, siempre le había parecido gracioso ese apodo.

- ¿Me has dejado la mejor parte? – dijo Martínez mientras le estrechaba la mano.

- Vaya que sí. Si aún no te has sorprendido con la mujer prepárate por el plato fuerte.

- ¿Qué demonios ha ocurrido?

- ¿Te soy sincero? No tengo la más mínima idea.

- ¿Qué quieres decir?- Bueno, lo tienes que ver tu mismo.

Gommy condujo al detective hacia el interior del apartamento. Tuvieron que rodear el cuerpo de aquella mujer para poder pasar. Y cuando lo hicieron, Martínez deseó haber tomado otra profesión. Lo primero que le llamó la atención fue el desorden que había en la habitación. Un asesino profesional jamás dejaría un desastre así, descartado. Un ladrón nunca destrozaría a alguien de esa manera, descartado. ¿Qué quedaba? ¿Un psicópata? Tal vez. ¿Una venganza? Podría ser. En cualquier otro caso, detectaba la clase de persona a la que buscarían. Pero esta vez no. Esta vez era distinta a todas.

Quien sea que fuera la víctima de aquel maniático se encontraba por todo el departamento. Un brazo por aquí, una perna por allá. Pudo ver que era un hombre cuando vio la cabeza. Y el rostro, el maldito rostro. Aún conservaba la expresión de horror que puso aquel pobre hombre momentos antes de sufrir tal tormento.

- Oh mierda – Por fin dijo Martínez al mismo tiempo que salía de la habitación con fuertes arcadas.

- Lo mismo digo – Respondió Gommy.

Tardo en recuperarse. Tuvo que apartar sus pensamientos hacia otro lado. ¿Marta habrá comprado ya su dosis diaria de marihuana? Mala idea, aquello le produjo más arcadas.

- Supongo que tendremos que esperar que te recuperes bien para que puedas hablar con el niño.

Martínez levanto la vista y observo a su compañero por un largo rato. Una vez recuperado, pudo hablar.

- ¿Qué niño?

- Cuando los oficiales llegaron aquí, un niño de no más de seis años se encontraba sentado en las escaleras. Aferrado a las varillas y llorando.

- ¿Crees que sea...?

- Ojala no. Pero en este día ya nada puedo esperar.

La idea de un niño presenciara la muerte de sus padres de aquella manera, o de cualquier manera, hizo que el estómago del detective se revolviere. ¿Cómo podría un niño merecer ver eso? ¿Cómo podría alguien en este mundo merecer eso? Supo que ser ateo no era del todo una mala idea.

- ¿Algún otro testigo?

- Los oficiales están interrogando a los residentes de este edificio, pero nadie da información útil.

Miró a su alrededor. Se sentía cada vez más incómodo. El pasillo parecía que se encogía con cada minuto que pasaba. La mujer seguía ahí tirada, como si fuera lo más normal en el mundo de los edificios viejos. Quería salir de ahí lo antes posible. Tenía que apurarse.

- Comencemos de una vez aquí y después llévame con ese niño.

Acabemos con esto rápido.

- ¿Tienes planes para esta noche o porque tanta prisa, galán?

Martínez no se molestó en responder. Saco su cámara y comenzó a tomar fotografías.

## 2

Antes de que el sol comenzara a ocultarse, Martínez y su cómico compañero habían terminado con el trabajo en ese infernal edificio. La parte más difícil fue tratar de encontrar todas las partes del cuerpo para poder fotografiarlas. El premio se lo llevo la oreja izquierda, que se hallaba detrás del sofá. Trabajaron rápido y sin vacilar. Después de un tiempo, Gommy igual empezó a desesperarse.

- ¿Necesitas ayuda con el niño? – preguntó Gommy mientras cruzaban el umbral del edificio.

- Descuida, yo me encargo. Ya has hecho demasiado por hoy. Ve a descansar y emborracharte.

- Te tomare la palabra. Cuídate amigo, y suerte con el chico.

- Gracias Gommy. Descansa.

- ¡Ah! Y saludame a Marta, hace mucho que no la veo.

Martínez se limitó a devolverle la sonrisa y se dio media vuelta. Vete a la mierda, pensó.

- ¿Dónde se encuentra el chico? – preguntó al oficial que se encontraba tras la cinta de seguridad.

- En aquella camioneta. – Señalo con el dedo y añadió – Sea paciente detective, no ha querido soltar ni una palabra desde que lo encontraron.

- Lo tendré en cuenta.

Mientras caminaba hacia la camioneta se preguntó qué le diría a aquel niño. ¿Siento mucho la pérdida de tus padres? ¿Me podrías decir si viste algo? ¿Quieres adivinar donde encontré la oreja de tu padre? Se dio asco de sí mismo. Vio al chico sentado en la parte trasera de la camioneta. Tenía la mirada fija en el edificio y los ojos muy hinchados. Su cabello era de un negro tan intenso que uno podría jurar que era peluca. Y su piel tan pálida como se es posible. A simple vista, parecía tener seis años. Menuda edad para pasar por todo eso. Abrió la puerta del vehículo y tomó asiento junto al chico. Este pareció no darse cuenta y permaneció observando el edificio.

- Hola hijo. ¿Cómo estás? – En ese momento, se sintió como la persona más estúpida del planeta.

El niño dio media vuelta y clavó la mirada en Marines. Sintió como la sangre se le helaba al ver esos oscuros ojos. Tan profundos y misteriosos como el océano mismo.

- Yo, bueno... - No pudo pronunciar algo lógico por un buen tiempo. No podía dejar de observar sus ojos. Se preguntaba qué había pasado por ellos horas antes. – Mi nombre es Alfredo Martínez – Dijo al fin. – Soy detective y estoy aquí para saber qué fue lo que ocurrió en ese departamento. Primero, me gustaría saber tu nombre, hijo.

No hubo respuesta. Permanecieron en silencio por algunos segundos. Fuera, los cuerpos eran transportados dentro de bolsas al interior de una furgoneta.

- Mira, sé que esto puede parecer difícil, pero créeme que si hay algo en lo que podamos ayudarte, lo haremos. Pero necesitamos de tu aporte, hijo.

Nada. El chico volvió a permanecer en silencio. Sus pupilas no se movían ni un milímetro. Sus manos aferraban el asiento como si su vida dependiera de ello. Martínez volvió a sentirse incómodo.

- ¿Tienes hambre? – No resistía el silencio que los envolvía, así que dijo lo primero que se le vino a la mente. – Hay un McDonald's a unas calles de aquí. Podemos ir y conversar ahí si quieres.

Como si las palabras del detective fueran la cosa más aburrida del mundo, el chico giró el cuerpo y volvió a fijar la mirada en el edificio.

Al principio fue asombro, luego miedo, lo que ahora sentía Martínez era desesperación. Aquel niño no quería cooperar en lo más mínimo. Y lo que él quería era acabar lo más pronto posible para poder llegar a casa, quitarse los zapatos y disfrutar un poco de televisión nocturna. Pensó que lo mejor sería dejarlo en paz y llamar a alguien que fuera experto en sacarles información a niños traumatizados.

- Bueno hijo, tomate un tiempo, ¿Si? Lo más probable es que te lleven a un lugar donde puedas descansar, comer y pasar la noche. Espero verte pronto.

Mientras guardaba su libreta y se daba media vuelta para salir de la camioneta, escuchó al niño hablar.

- Casa. - Fue todo lo que pronunció y segundos después se soltó a las

lágrimas.

Martínez quedó sorprendido. Hace unos segundos, el chico parecía no tener sentimiento alguno. Y ahora, no paraba de llorar. Lo hacía con gran intensidad. Y su voz, su extraña voz. Más que una palabra, parecía que lo que el detective había escuchado era un maullido. Agudo y frío. Esa tarde estaba llena de sorpresas.

- ¿Quieres ir a casa? – Preguntó – Esa no es tu casa, ¿Verdad? – Dijo mientras señalaba el apartamento. El llanto creció. Si es su casa, pensó. Mierda, ¿Ahora qué? ¿Cómo podría calmar a un niño que quiere ir a su casa, probablemente para estar con sus padres, cuando esta se encuentra repleta de sangre y ellos descansando dentro de bolsas? Se imaginó al niño dentro de un cuarto, triste y sucio, del refugio al que seguramente lo mandarían. Sería un infierno. Sentiría angustia, desesperación y lo peor de todo, miedo. La imagen del chico en ese lugar llenó al detective de una extraña tristeza.

- ¿Quieres pasar la noche en mi casa? - Las palabras salieron por sí solas. No tenía idea de lo que estaba haciendo. No sabía porque había dicho eso. No sabía porque se encontraba hablando con un niño cuando ese no era su trabajo. No sabía porque aún no había dejado a su esposa.

Pero había funcionado. Los llantos habían cesado. La mirada de aquella personita ahora era la cosa más tierna del mundo. Había soltado el asiento. Dejó caer sus hombros y se limpió las lágrimas con la manga de su suéter.

- ¿En serio quieres venir a mi casa? Bueno, en primera no sé si pueda llevarte. Es decir, ¿No es algo extraño que vayas a la casa de un extraño? Y mi esposa, ella llega en la noche y no sé si le agrade la idea. También está el hecho... - Miró sus ojos por un largo rato. No pudo evitar sentir cariño por aquel chico. – Muy bien, hagámoslo.

### 3

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre los cristales del auto de Martínez. Las calles de la gran ciudad se encontraban más tranquilas. El sol desaparecía poco a poco. Gracias a dios, pensó, no quiero que el chico vea mis ojos enrojecidos. La lluvia siempre había provocado un sentimiento de nostalgia en él, y aquella estación de radio que presentaba las mejores baladas de siempre no mejoraba las cosas. Pero esas canciones melancólicas habían logrado que el chico quedara dormido en la parte trasera del auto, y eso era algo bueno.

Conducía de manera lenta. No quería despertarlo, y tampoco quería llegar a casa, así que se tomó el viaje con toda la tranquilidad del mundo. Sus manos se aferraban con fuerza al volante, de la misma manera que él se aferraba a su matrimonio. Marta ocupaba gran parte de sus pensamientos. En la radio comenzó a sonar "How deep is your love" y su

mente voló de manera involuntaria a aquella noche del año 1983 cuando sus ojos vieron por primera vez a su futura esposa. Aquella noche había decidido pasar al Brown Horse Bar por un trago después de su trabajo de vigilante en un museo de historia. Después de sentarse en la barra y pedir su habitual whisky, escucho, a su lado, la voz de una mujer que se encontraba en apuros.

- Mierda, esto será difícil de quitar.

Se giró y vio como aquella mujer tomaba una servilleta y trataba de limpiar la bebida que acababa de derramar en su blusa blanca. A juzgar por la mancha que sobresalía en la tela, no sería tan difícil de limpiar. Pero la mujer parecía bastante molesta y prefería no comentárselo. Dejo la servilleta a un lado y alzo la mirada hacia aquel hombre que la miraba con cierta curiosidad.

- Si, lo sé, tal vez exagere. Pero después de un día largo y pesado, una quiere venir por un trago y lo último que desea es tirárselo en la ropa.

- Descuida, al menos un gordo no te ha vomitado el desayuno encima.

- ¿En verdad te ha pasado eso?

- No, pero lo he visto.

La mujer de cabello negro y ojos grandes lo observó por un largo rato, un rato que al él le parecía eterno, y por fin soltó una pequeña risa. El guardia de museo sintió un gran alivio dentro de sí.

- Bueno, ¿Por qué no me invitas otra copa en vez de tratarme de hacer reír con tonterías? – dijo con una pequeña sonrisa. Alfredo pudo notar como sus pómulos se enrojecían. Comenzaron una charla que se extendió casi dos horas. El tiempo parecía correr demasiado rápido. Ambos se sintieron lo demasiado cómodos para hablar de temas como la veracidad de la llegada del hombre a la luna, el mal servicio de las telefonías y las películas que se encontraban en cartelera. Martínez aprovechaba cada oportunidad para mirar la sonrisa tan linda que Marta reflejaba con cada mal chiste que le decía.

#### 4

Mientras conducía, el ahora investigador trataba de recordar la última vez que Marta había mostrado esa sonrisa. Le parecía increíble cómo podía recordar perfectamente cada detalle de esa mágica noche, pero no el último buen momento que había tenido con su esposa. Las cosas cambian, podían pasar las mil y una mierdas en la vida de alguien, pero los recuerdos, aquellos lo suficientemente importantes para provocar una sonrisa – o una lagrima – siempre estarían ahí. Y llegan en los peores momentos.

El edificio donde se encontraba su departamento estaba a unos pocos metros. No era tan diferente a aquel donde se había cometido el asesinato –la carnicería, mejor dicho – que había visitado momentos antes. Aparco el auto junto a la acera y apagó el motor.

- Despiértate chico, ya hemos... -Se detuvo a media oración. El chico ya se había despertado, y le miraba a través del retrovisor con aquellos ojos grandes y llenos de misterio. Me has dado un susto que te cagas, pensó Martínez.

-Has de tener mucho sueño, mejor entramos de una vez.

Tomó el paraguas del asiento del copiloto, abrió la puerta y antes de que pusiera un pie fuera del auto, vio como el chico corría hacia la entrada del edificio y se detenía a esperarlo. Entonces sin paraguas será, se dijo a sí mismo.

Mientras subían los peldaños, el chico de mirada penetrante giraba la cabeza de un lado a otro. Parecía que fuese la primera vez que entraba a un edificio de departamentos de clase media. Martínez no pudo evitar ponerse un poco nervioso.

- Es aquí – dijo cuando llegaron al cuarto piso. Saco la llave de su bolsillo y la introdujo en la perilla de la puerta con el número 275.

El departamento no era una suite del Paris Hilton, pero era lo suficientemente cómodo y agradable. Tenía un aspecto minimalista, la sala tenía muebles pequeños y junto, la cocina estaba bien equipada. La recamara se encontraba al fondo del pasillo y a la derecha estaba el peor baño del mundo, según Alfredo. Había sido idea de Marta pintar las paredes de un rosado pastel y el piso con un azul que parecía más un verde pantanoso. “¿Se supone que esto es nuestro baño o la cocina de los Simpson?” había bromeado Alfredo cuando su esposa le contó su idea. Pero al final las mujeres tienen la última palabra, ¿no es así? Y si la luna es de queso, de queso es.

- ¿Tienes hambre? Te puedo preparar algo rápido. ¿Qué tal espagueti con salsa de tomate?

El niño permaneció callado. Bajo sus ojos se habían formado unas pequeñas bolsas marrones.

- Bueno, entonces mejor te llevo a la habitación para que puedas descansar.

Caminó por el pasillo pero el chico no le siguió. Tenía la mirada fija en una cabeza de venado que estaba fija a una tabla de madera y que colgaba en la pared de la sala, junto al reloj.

- Oh, descuida, no es real. Es un premio que gane en un juego de feria. A mi esposa no le agrada, pero a mi parecer le da cierto toque elegante a la sala.

El chico la observo por unos instantes más y por fin siguió a Alfredo hacia la habitación. En esta solo había una cama, un ropero y un tocador de madera. A la pareja nunca le había gustado tener tantas cosas. Corrió las sábanas de la cama para que el chico pudiera ingresar y acomodó un cojín. Afuera, la lluvia seguía pero con una intensidad menor.

- ¿Te gusta ver la lluvia o quieres que cierre las cortinas?

El chico se limitó a caminar hacia la cama, quitarse sus tenis e introducirse en ella. Decidió cerrar las cortinas, era mejor asegurarse que durmiera bien. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir le habló:

- Estaré en la sala por si necesitas algo. Duerme todo lo que quieras, ¿sí? Créeme que las cosas mejoraran mañana. Que descanses.

Pero las cosas no harían otra cosa más que empeorar.

## 5

- ¿Cómo has podido llevar a un niño a nuestro departamento, Frodo? – Y ahí va a usar ese puto apodo, pensó Martínez.

La voz de su mujer sonaba con ganas de tener otra estúpida discusión, pero él trató de mantener la calma lo mejor posible.

- Solo será una noche, mañana lo llevare a primera hora al ministerio.

Créeme, cuando veas la cara del chico entenderás porque lo traje.

Caminaba por la sala con el celular pegado a la oreja, esperando escuchar las maldiciones que su esposa estaría pensando. "Parece que no tienes nada en la maldita cabeza, Frodo. Parece que te gusta hacerme enojar y disfrutas haciendo que nuestro matrimonio se vaya a la mierda. Y si tuviéramos hijos créeme que me quedaría con la custodia". Pero en vez de eso, la voz de su esposa ahora era más calmada:

- Muy bien, solo esta noche. Confío en ti.

Alfredo casi dejó caer el celular del asombro cuando Marta volvió a hablar:

- ¿Quieres que lleve algo para la cena? Puedo pasar a Wall Mart de regreso.

-Solo trae leche, es lo que toman los chicos de hoy en día,¿verdad?

Escuchó una pequeña risa del otro lado de la línea. Agradeció por ello.

- De acuerdo. Estaré ahí en un par de horas. Te veo más tarde.

- Vale, con cuidado. Te amo.

Un terrible silencio permaneció en la línea por algunos segundos.

Finalmente, Marta habló:

- Te amo.

Dejó el celular en la mesita de lámpara junto al sofá. Permaneció de pie durante un instante, tratando de pensar en lo que había ocurrido. Se recostó en el sofá y observó el reloj de pared. "Te amo".

¿Hacia cuanto no se decía aquel par de palabras? No lo sabía, pero era bueno escucharlas. Vaya que lo era. Cerró los ojos y momentos después cayó rendido en el sueño.

En la recámara, el chico de mirada misteriosa y piel blanca se levantó de la cama. Afuera, la lluvia comenzó a caer con mayor fuerza.

## 6

Un grito arrancó a Martínez del mundo de los sueños. Más que un grito, parecía un alarido. Podía apostar a que vendría de algún animal, pero esta idea desapareció cuando el siguiente alarido vino acompañado de una palabra: Ayuda. Provenían de afuera.

De pronto los gritos cesaron. Alfredo pudo escuchar la lluvia, que ahora

tenía mayor intensidad. Se levantó y se dirigió rumbo a la habitación. El chico no estaba.

- ¿Estas ocupando el baño?

No hubo respuesta. Pensaba entrar cuando se percató de algo que le detuvo el corazón por un momento: La puerta principal del departamento estaba abierta.

## 7

La mayoría de los departamentos del edificio se encontraban a la venta. A excepción del 140, donde vivía una familia que en esos momentos se encontraba de vacaciones por las costas de Guerrero, y el 309, que era habitado por una mujer de edad avanzada que vivía sola. Sus hijos ya eran mayores y su esposo había fallecido cuatro años antes, por lo que no tenía nadie que le hiciera compañía. Cuando Martínez llegó a la puerta del departamento de aquella anciana, se encontraba abierta, y pudo observar con claridad el horror.

La postura en la que el cuerpo de Odetta Rodes, de 83 años, se encontraba clavado en la pared de la cocina era similar a la de Jesús en la cruz. Solo que ahí no había una cruz ni clavos. En su lugar, los cuernos del venado falso de Alfredo estaban clavados en las palmas de la anciana, de tal forma que el duro plástico penetraba la carne y se incrustaba en la madera de la pared. Los pies colgaban a unos pocos centímetros del suelo, pero los suficientes para que sus intestinos formaran un ángulo recto entre la pared y el suelo. Su abdomen estaba totalmente abierto, de lado a lado, y la sangre aun caía y manchaba la fina madera.

En la escena del crimen que había visitado aquella tarde, el investigador pudo resistir las náuseas, pero ahora eran demasiadas fuertes. Se inclinó y vació todo en las escaleras. Tardo unos segundos en recuperarse.

Cuando volvió a mirar el cadáver noto que tenía un orificio justo en el pecho. Le han arrancado el maldito corazón, pensó.

Reunió las fuerzas posibles para dejar de ver el horroroso escenario y subió las escaleras lo mas rapido que pudo. Una vez dentro de su departamento, se dirigió a la mesita de lámpara, tomo su celular y antes de que pudiera marcar al 911 escuchó la puerta cerrarse con fuerza y una voz, detrás de él, pronuncio algo que no pudo entender:

- nozaroc ut emremoc oreiuq arroha.

## 8

Por primera vez en el rostro del chico había una sonrisa, y por todos los demonios, aquella sonrisa era la más espantosa que Martínez había visto jamás. Sus ojos habían perdido el color negro y en su lugar, un rojo escarlata lo ocupaba. Su piel ahora era más blanca –sí, era posible- y las

uñas de las manos habían sido reemplazadas por unas filosas garras. Martínez podía jurar que ahora lo veía 20 centímetros mal alto.

- ¿QUE MIERDA TE HA PASADO?

- odrec otidlam nu a omoc erapirtsed et euq ares arasap euq ol.

Antes de que pudiera encontrarle sentido a lo que había escuchado, el chico –la bestia- se lanzó contra él. Su agilidad era impresionante, casi parecida a la de un gato. No tuvo tiempo para reaccionar. Las garras se clavaron en ambos hombros de Martínez, provocando unos cortes finamente profundos.

Cayó de espaldas, con la bestia parda encima de él. La fuerza con la que lo había embestido fue tan fuerte que el celular salió desprendido de sus manos y dio a dar a la pared de la cocina. Se partió en dos.

- HIJO DE PERRA. QUITAME TUS MALDITAS MANOS. – Tomo ambas muñecas y tiro de ellas con toda la fuerza que le fue posible. Las garras iban saliendo poco a poco. Justo cuando se libraba de ellas por completo, vio como la boca de aquella bestia se abría y de ella manaba sangre, que cayó en el rostro del hombre que luchaba por su vida.

Era la sangre de la anciana, estuvo seguro. Las garras volvieron a clavarse en los mismos sitios. La primera vez que las sintió, el dolor había sido ocultado por la conmoción de ver a aquel niño raro transformado en una criatura infernal. Pero esta vez pudo sentir cada fibra de dolor recorrer todo su cuerpo. Era insoportable.

Movió los pies desesperadamente. Trato de maldecir a los cuatro vientos, pero lo único que salía de su boca eran gritos.

El teléfono que colgaba en la cocina comenzó a sonar. Marta, pensó.

Cuando la arpía levanto la vista para saber de dónde provenía aquel ruido, Martínez vio una oportunidad que no podía rechazar.

Tomó una gran bocanada de aire, reunió la valentía necesaria y alzo la cabeza a la altura del hombro de la bestia. Antes de que “eso” pudiera reaccionar, el hombre mordió con mucha fuerza su oreja izquierda. La bestia soltó un alarido que estuvo a punto de romperle los tímpanos a Alfredo. Con un movimiento brusco, le partió la oreja en dos. La sangre salió con gran intensidad y las manos que estaban incrustadas en sus hombros ahora se posaban sobre la carne que le colgaba a un lado de la cara. Su malvada sonrisa había desaparecido.

La ventaja ahora era de Alfredo. El dolor en los brazos aún era demasiado fuerte, así que opto por usar la cabeza. Dio el cabezazo de cabezazos justo en la nariz de aquel rostro blanco. El impacto fue tan grande que esta se desvió hacia la derecha. La arpía volvió a chillar de dolor y se puso de pie. Tambaleando, se dirigió hacia la pared y apoyo la cabeza. El dolor que sufría era descomunal.

- sarah ol euq oralc saragap sal em ajero im y ziran im

Notó la rabia con la que pronunciaba aquello que no lograba comprender, y le gustó.

Martínez trató de incorporarse, pero no podía mover los brazos. Oh dios

mío, me ha dejado invalido, pensó. Pero el dolor era indicación de que aun funcionaban, solo necesitaban un respiro. Pero, ¿Cuánto tiempo disponía? La arpía seguía con la cabeza apoyada en la pared, pero no creía que siguiera así por mucho más. Trato de mover los dedos. Nada. Volvió a tratar ahora con más coraje. Esta vez logro cerrar sus manos formando unos puños. Cuando logro incorporarse con los codos, dirigió su mirada hacia la bestia para asegurarse de que siguiera agonizando de dolor. Lo que vio le provoco un escalofrió que recorrió todo su cuerpo.

La bestia estaba cerrando la puerta principal con la llave, y momentos después, se la llevo a la boca y la tragó.

## 9

Cuando vio como las garras de la bestia crecían varios centímetros más, Alfredo corrió por el pasillo. No solo las garras estaban cambiando, la lengua se le había partido por la mitad, imitando a la de una serpiente. Y el cabello, antes de un negro intenso, ahora tenía un tono plateado. Esa cosa seguramente provenía del infierno.

Cuando entró a la habitación, cerró la puerta y puso el seguro. No sabía si eso detendría a la bestia, pero si lo haría el revólver 38 que guardaba en el cajón inferior del su ropero.

Corrió hacia él, lo desenfundó y rezo porque aun tuviera munición, hacía mucho tiempo que no usaba el arma. Abrió el tambor y solo vio dos de los seis espacios ocupados. Pensó que podrían ser suficientes si lograba acertar a algún punto vital. *En la maldita cabeza será.*

Apunto hacia la puerta, preparado para cuando la criatura entrara. Después de 30 segundos sin que ocurriera algo, Martínez se cuestionó si aún seguiría ahí. *Tal vez le he dejado más herido de lo que creía y ha decidido retirarse.* Era difícil de creer, pero al fin y al cabo una posibilidad. Caminó lentamente y reposo la oreja derecha en la puerta. No tuvo el más mínimo tiempo para reaccionar, y aunque lo hubiera tenido no le habría servido de mucho.

Salió impulsado hacia atrás, junto con la puerta, con una potencia descomunal. Dio a dar contra el ropero y el golpe en la cabeza le hizo ver estrellas por unos momentos. No, le hizo ver una maldita constelación.

Lo que antes había sido un chico, ahora era un mounstro en toda la palabra. Un cuerno de 20 centímetros se situaba justo en medio de la frente. Alfredo lo vio después de que las estrellas desaparecieran.

Poco a poco, fue recuperando la conciencia y supo que se enfrentaba a algo más serio que solo un niño raro.

Palpó el suelo en busca de su revólver pero no pudo encontrarlo. La bestia comenzó a dirigirse a su posición. En su rostro volvió esa maldita sonrisa y Martínez deseo haber podido vivir más. Deseo haber arreglado las cosas

con su mujer. Deseo haber asistido a más reuniones familiares cuando tuvo la oportunidad. Y maldita sea, deseo haber saboreado más el último trago de cerveza que había tomado.

La bestia tomo a Martínez por el cuello y lo alzo hasta que su cabeza estuvo a punto de tocar el techo. Trató de apartar la mano que le apretaba, pero no disponía con la fuerza suficiente. Sintió como el aire poco a poco se iba agotando.

- zilefni otidlam aroh al odagell ah et – Su sonrisa ahora era más grande y macabra.

- ¿Por qué no te vas a apretarle el cuello a tu madre, criatura de mierda?  
– Respondió con el poco aire que le quedaba.

La sonrisa desapareció y sus ojos se tornaron de un rojo más intenso. Lanzó al investigador contra la pared, junto a la cama, y este se llevó un fuerte golpe en la mandíbula cuando cayó al suelo. Pudo sentir varios dientes quebrarse y la sangre le salía a borbotones de la boca.

- ¿Qué pasa? ¿No te gusta que mencione a tu madre? Me imagino que ahorita se estará revolcando con una criatura más espantosa que tú. -  
Ahora era Alfredo el que sonreía porque pareció haber dado en el punto débil de la bestia sin siquiera haber usado el arma.

- MADRE NO MENCIONAR O ARRANCARTE CORAZON

- Atrévete, pedazo de mierda.

La bestia comenzó a caminar hacia él. Abría y cerraba los puños y de la boca brotaba saliva. Parecía un perro rabioso listo para la pelea. Estaba a un metro de él cuándo Martínez tomó su revólver, que había notado debajo de la cama después de haber sido lanzado por la arpía, y apunto rápidamente hacia la cabeza.

- ¿Dónde está tu maldita sonrisa ahora, hijo de puta?

El investigador Alfredo Martínez apretó el gatillo.

## 10

Eran las diez y cuarto cuando las patrullas de la policía se encontraban aparcadas a las afueras del edificio donde momentos antes se habría librado un combate.

El cadáver de Odetta Rodes fue ingresado a una de esas bolsas para cuerpos que Martínez tanto odiaba. *Es un milagro que yo no esté en una de ellas en estos momentos.*

Por otra parte, el cuerpo de la criatura fue introducido en compartimientos especiales del departamento de riesgos biológicos para ser analizado en un laboratorio. Unos hombres con trajes especiales – de esos que usan en las películas para evitar enfermedades – se encontraban en el departamento, limpiando y tomando muestras del campo de batalla.

- Oh dios mío – era Marta que se dirigía corriendo hacia la camilla donde Martínez estaba sentado, recibiendo atención de un médico – He venido

tan rápido como pude. Me llamó un oficial y no logre entender nada de lo que me decía. ¿Estás bien? Oh cielos, tu mandíbula luce fatal. ¿Necesitaras alguna ciru...? – Martínez interrumpió a su esposa con un abrazo.

La abrazó con todas sus fuerzas, la abrazó como si su vida dependiera de ello, y por primera vez en mucho tiempo, la idea de un divorcio había abandonado la mente de ambos.